

Apagaba en candores intangibles mi fuego.
Y llegaba el silencio, de aquel amor testigo.
A ponerse entre ambos como un gran perro amigo;
Y entonces esos ojos, para mi dicha inerte
Se volvían inmensos como el mar o la muerte.

En Phanion está representada la mujer que ha inspirado un amor esencialmente espiritual. Continúa así:

Recordando el perfume de viejas alegrías
Al hombre numeroso de penas y de días,
Phanion revive a veces en mi alma taciturna
Como indecisa nébula en la quietud nocturna.
Y vuelvo a ver sus manos, sus manos luminosas
De inocencia, curando mis enfermizas rosas;
Y vuelvo a ver sus ojos, a medias compungidos
En la nostalgia atónita de los otoños idos;
Sus manos que padecen como infantas reclusas,
Deshojando en jazmines ilusiones confusas;
Sus ojos, que en el duelo de trágicos saludos,
Tan sólo llorar saben, como niñitos mudos.
.....
Y ya nada recuerdo de sus otros hechizos....
Nada sé de sus labios, nada sé de sus rizos;
Pues cuando nos amábamos, con la infantil sorpresa
De aquellos grandes éxtasis de luz, yo estaba en esa
Edad de cuitas breves y fáciles sonrojos,
En que sólo se adoran las manos y los ojos

Los otros cantos de la flauta son otros tantos recuerdos dedicados a Asclepias, Timo e Ianira, el último de los cuales dice así:

Fué a la hora en que de pálido violeta se viste
Como si aligerara meditabundos duelos.
La estrella de la tarde consolaba a los cielos.
La noche, apresurando fugas de inquietas aves,
Espaciaba en las nubes no sé que ideas graves,
Y orlaba el horizonte donde el silencio piensa,
Con la azulada sombra de una pestaña inmensa.
Así estaba el crepúsculo cuando te ví, Ianira;
Y aquello fué una tarde, porque si bien se mira,
Cuando el amor en lo hondo del ser se arraiga y arde,
Toda gran desventura comienza así: una tarde....

Más adelante dice así:

Bien sé que tú no puedes amarme, pero deja
Que en sueños imposibles te traduzca mi queja.
Un poco de imposible vuelve al amor más puro,
El recuerdo es solemne como un santuario oscuro,
Y en sus sagradas sombras te considero muerta,
Para poder amarte sin que nadie lo advierta.

Después de hacer un recuerdo al día en que conoció a Ianira, dice:

Desde entonces mi vida, falta de tu presencia,
Es como una redoma que contuvo una esencia.
Tu desvío me manda que me aleje, y no puedo,
Con mi pena agonizo, sin ella tengo miedo.

La media noche atarda su paso en la arboleda,
Y al solo de la brisa que se vuelve más queda,
Tiene su negro ámbito, sobre el mundo suspenso,
El murmullo indeciso de un caracol inmenso,
Y Dryops, el flautista, preso en dulces cadenas
En una melodía funde sus cuatro penas,
Su alma se abre y palpita como una grande ala,
Y por su hilo de música la inmensidad escala,

Continúa el desfile con «El Mal Inefable», «Aquel Día»... y «Las Loas de Nuestra Servidumbre» hasta llegar al «León Cautivo» en que el poeta pinta la melancolía de un león ya viejo, condenado a vivir encerrado en una jaula, y que a pesar de su decadencia siente a veces los impulsos de su sangre y recuerda que

Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas cautelas
Desciende el azorado trote de las gacelas,
Bajo la tiranía de atávicos misterios,
La fiera siente un lúgubre influjo de destino,
Y en el oro nictálope de su ojo mortecino
Se hastía una magnánima desilusión de imperios.

«El Crepúsculo de los Condores» es un paisaje en que sólo se ven rocas altísimas y agrestes, selvas vírgenes que sólo se han abierto para dar paso a las fieras, condores, buitres, y luchas de gigantes en la inmensa soledad de las alturas. El silencio es el único que contempla el paisaje, teñido ya de crespón por la agonía del sol; de repente, aparece un condor que vuelve a su morada, y desde las alturas, pasea su mirada por las rocas natales, donde ahora guarda sus hijos, que lo esperan ansiosos por la presa que les lleva.

El viento zumba en su alma como en una alta verja:
Su vuelo cruza en largos soslayos de navaja;
Y cuando a breve trecho de su páramo baja,
Con la emoción sanguínea de un ímpetu bizarro,
vibra la cresta en su áspera cabeza de guijarro;
Y una feroz codicia, que es paternal desvelo,
En la vívida gota de su ojo centellea.

Pero he aquí que un viejo buitre aparece en los aires, meciéndose con tal lentitud que parece dormir fastidiado de montaña y de infinito; vuela tan alto, que el sol, que ya dijo «hasta mañana» a la llanura, aun le dora con sus rayos a diez mil pies de altura. Se siente fuerte en medio de su decrepitud y volando hacia la roca, morada